

Egido Martínez, Aurora. *Don Quijote de la Mancha o el Triunfo de la ficción caballerescas*. Madrid: Cátedra, Crítica y estudios literarios, 2023, pp. 270.

Reviewed by: Pablo Sergio Alemán Falcón
Universidad Complutense de Madrid



En lo que concierne al acercamiento filológico sobre la materia caballerescas, no se entienden los mecanismos de la ficción sin su interacción con el entorno socio-político dentro de un enfoque diacrónico. Dentro de estos parámetros el último trabajo de la profesora Aurora Egido aporta claves sobre esta ósmosis a través de la obra cumbre del género, *Don Quijote de la Mancha*; con ello se pone énfasis en que Miguel de Cervantes no solo se nutrió de los ciclos del *Amadís de Gaula* y el *Belianís de Grecia* además de toda la producción caballerescas del siglo XVI; antes bien se pudo proveer de un imaginario que parte desde la Edad Media y que evoluciona en paralelo con los avatares del territorio peninsular hasta llegar al siglo XVII, tal y como han descrito los estudios de los profesores Pedro M. Cátedra y Jimena Gamba Corradine sobre la fiesta caballerescas como puente bidireccional entre realidad y ficción. Y es que este tipo interacción fue una constante que dejó huella desde la época de los Reyes Católicos con una gran carga simbólica y de gran importancia a la hora de exportar proyectos políticos de profundo calado como el del reino carolino —que defendía, por ejemplo, la imagen de Emperador como caballero defensor de la fe y de Roma—; así, la profesora destaca que este intercambio irá evolucionando hacia una especie de *translatio studii* del imaginario caballerescos con un claro carácter deportivo y festivo.

Este último estadio de la ficción caballerescas permeado en la realidad cortesana no escaparía a los ojos de Miguel de Cervantes, pues vivió buena parte de su vida bajo el reinado de Felipe II —que, sin la dimensión caballerescas de Carlos V, intentó sin mucho éxito reactivar la caballería—; y que le sirvió para dibujar la complejidad de los protagonistas del *Quijote* además del entorno por el que se movieron. La profesora Egido se detiene, por ejemplo, en la fundación y devenir de las órdenes militares en consonancia con el código caballerescos; entre los aspectos más relevantes se destaca no solo el conjunto de

conductas y virtudes que debía ostentar, sino la importancia del linaje y los principios que debían defender en todo momento –siendo el tratado de Ramón Llull el que más influencia tuvo en estas órdenes—. Ante eso, al trazar un personaje diametralmente opuesto en lo que cualidades y virtudes se refiere, Cervantes no solo genera una especie de parodia, sino una crítica soterrada en la que rescatar esta caballería “a la antigua” ya no posee una razón de ser dentro del ámbito militar.

Así, en connivencia con las órdenes militares, el aporte hagiográfico adquiere especial relevancia al fusionarse con lo novelesco –aspecto que no resulta novedoso, tal y como demostró en su momento el profesor Ángel Gómez Moreno, también citado en el presente trabajo— hasta tal punto que es incluso detectable la huella de los *Flos sanctorum* en el *Quijote* cervantino. No obstante, es la memoria de san Jorge en calidad de santo universal y patrón del reino de Aragón la que marca una impronta en el imaginario caballeresco. De esta manera, tanto lo guerrero como lo divino van de la mano, siendo las ciudades de Zaragoza y Barcelona grandes ejemplos –con marcadas diferencias— de esta ósmosis. En este sentido, la profesora Egido hace hincapié en la importancia de ambas ciudades dentro de la órbita cervantina: por un lado, en la primera parte del *Quijote* se nombra a Zaragoza como un destino que el protagonista promete visitar en busca de más aventura y que ve truncado su destino al trasladarse forzosamente a su aldea para que le curen su locura. Este testigo será recogido por el *Quijote* apócrifo en el que los personajes asisten a las fiestas caballerescas que una vez pudo vivir el autor en su estancia en Zaragoza. Y es que la ciudad tiene su importancia como enclave de la literatura caballeresca del siglo pasado después de Sevilla y Toledo; en ella se destilaba el sueño caballeresco a través de las fiestas que se celebraron en torno a las figuras de san Jorge y de san Jacinto –siendo esta última donde Cervantes ganaría un certamen poético en el convento de la orden de predicadores—. No obstante, la inclusión de Zaragoza en el *Quijote* de Avellaneda probablemente influyó en la decisión del autor alcalaíno de componer una segunda parte en la que el destino de sus personajes cambiase de paradigma.

Es aquí donde la ciudad condal juega un papel muy importante en la historia del protagonista en calidad de caballero andante, pues presentaba un contexto diferente al de Zaragoza. Y es que, aparte de que el autor se viera en la obligación de “aceptar” el desafío narrativo que le planteaba el apócrifo, Barcelona le proporcionaba una mixtura entre la ficción y la realidad más variada y novedosa a la hora de confeccionar la continuación de la novela. Las claves de esta mezcla se manifiestan en la famosa *Relación* que el prior del convento de Balaguer Jaime Rebullosa realizó sobre las fiestas que conmemoraban la canonización del dominico san Raimundo de Peñaflor en el año 1601 y que coincidieron con el proceso de elaboración de la primera parte.

En este sentido, aunque no es definitivo indicar que Cervantes tuvo en sus manos la *Relación*, la presencia de don Quijote y Sancho dentro un contexto muy parecido a la que testimonió Rebullosa indica que el autor conoció de primera mano el desarrollo de este imaginario caballeresco y que, por ende, permeasen en su obra. La profesora Egido destaca algunos de ellos, empezando por el carácter cosmopolita que adquiere la segunda parte de la obra magna cervantina, tanto por el contacto entre diferentes idiomas como por la mirada hacia el Mediterráneo dentro del ámbito de las comunicaciones y, sobre todo, militar. De la misma manera, la evolución de los torneos y las justas que se describen detalladamente a lo largo de todos los capítulos demuestra que estos habían derivado de un punto simbólico y militarmente relevante –como lo fue en el reinado de Carlos V— a uno deportivo y meramente festivo.

Un ejemplo fue la celebración del Paso Venturoso, considerada una *translatio* de los famosos pasos de armas que se celebraron en siglos anteriores al plano de lo festivo. Un caso fue el famoso Paso honroso, de 1434 —organizado por Suero de Quiñones y en el que participó Gutierre Quijada, personaje real con el que don Quijote inventa todo un linaje para justificar su oficio de caballero andante— o el Paso de la Fuerte Ventura, celebrado años antes, en 1428. Otro ejemplo que proporciona la profesora Egido para comprender el tipo de contexto que ofrecía la ciudad condal fue la ingente impresión de pliegos sueltos. Y es que, si bien Barcelona no fue una ciudad relevante en cuanto a la producción de libros de caballerías, este tipo de producción escrita incentivaría la conexión entre la ficción caballeresca y la realidad; gracias a estos se puede analizar nítidamente el tipo de torneos, justas y certámenes poéticos que se sucedieron en las fiestas por el dominico y en los que se apreciaba la influencia del lenguaje caballeresco en la elaboración escrita del desafío como también en la consecución del mismo. De hecho, dentro de uno de estos pliegos se muestra el nombre de Periandro, futuro personaje de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, lo que apoya la tesis del conocimiento por parte de Cervantes de estas fiestas y, sobre todo, de este tipo de producción escrita.

En este paradigma reside uno de los puntos reveladores de la segunda parte, pues Cervantes pone énfasis en el desfase existente entre la caballería andante, con sus armas y sus trajes “a la antigua” y la realidad militar vigente; de esta manera, se ponía en cuestión la aparición de lo caballeresco en la que, en primer lugar, participa el propio protagonista y su escudero en un plano paródico —aquellas aventuras vividas y reflexionadas por los personajes— y, en segundo, se generaba explícitamente la crítica a través del propio don Quijote sobre el devenir de las fiestas, entrando así en un plano metaparódico —aquellas aventuras contempladas y luego reflexionadas por los protagonistas—. En este contexto también resulta relevante la combinación de la impronta pastoril con el imaginario caballeresco a través de la literatura bucólica —con Garcilaso de la Vega y sus églogas al frente—. Esto se refleja en la primera parte de la obra cervantina con el recuento bibliográfico que se realiza en el sexto capítulo como también en la segunda con la aparición de la Arcadia fingida y su posterior intención de los dos protagonistas de convertirse en pastores, lo que sería, como apunta la profesora Aurora Egido, “el último e imposible sueño de don Quijote y Sancho al final de su obra”. Se habla pues de una hibridación que tiene sus fuentes en la mezcolanza bidireccional entre la ficción —en este caso pastoril— y una realidad que ya no se inscribía solamente al reino aragonés.

Otro elemento que se analiza en el presente estudio es el papel que jugó la nobleza dentro de este paradigma, abocado al ambiente festivo y alejado de lo militar —como es el caso de los duques que ocupa una gran de capítulos en la primera parte—, así como también la acogida de don Antonio Moreno en la ciudad condal. Con este personaje se detecta la conexión con el imaginario caballeresco, pues muestra ese grupo social que verdaderamente “controlaban” Barcelona en contraposición a la influencia de caballería andante siglos atrás, lo que también pone de manifiesto el proceso de “democratización” en el que se encontraba la fiesta caballeresca en el siglo XVII. Por esta razón, en las fiestas por san Raimundo de Peñaflores se procuró una participación global, pues entraron en juego la clase nobiliaria y los estamentos más humildes, aspecto detectable en los capítulos en los que don Quijote y Sancho visitan la ciudad condal.

En suma, la profesora Aurora Egido nos recuerda que el *Quijote* no solo se compone de la atenta lectura de Cervantes sino también del imaginario caballeresco que llega hasta el siglo XVII. Entre sus páginas, sobre todo en la segunda parte, se muestra un

tipo de interacción entre el papel y la realidad que se aleja del simbolismo que impregnó el panorama sociopolítico del siglo anterior. En su lugar, *Don Quijote de La Mancha* se revela como una demostración de que la caballería andante había fracasado y que había derivado a un plano paródico que tenía su reflejo en eventos festivos de cierto calado –como los celebrados por la canonización de san Raimundo de Peñaflo– a lo que se suma la elección del autor por la ciudad cosmopolita de Barcelona, enriqueciendo la obra gracias a un paradigma caballeresco que había terminado por democratizarse. De hecho, la vía del plano paródico permitió que esta materia sobreviviera hasta el siglo XVIII a través de la tradición, mostrando, como nos describe la profesora Aurora Egido, un triunfo de la ficción caballescica más allá de la literatura.